

Reseña de libro:**"Líneas de Fuga. Ciudadanía, Frontera, y Sujeto Migrante", de Mabel Moraña. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuer, 2021**

Jorge Daniel Vásquez. Pontificia Universidad Católica del Ecuador | University of Massachusetts, Amherst

DOI: 10.26807/theorein.v6i01.86

Líneas de Fuga. Ciudadanía, Frontera, y Sujeto Migrante comprende varias dimensiones que hacen pensar la movilidad humana como un fenómeno total. Para Mabel Moraña, la migración no es un fenómeno particular de la vida social, sino una experiencia de la humanidad en tanto conjunto. Así, el libro no sólo es resultado del trabajo con aproximadamente mil fuentes de las ciencias sociales, ciencias humanas, literatura, y artes, sino del trabajo sistemático y amplio que conlleva la pregunta filosófica por la totalidad. Moraña traduce esa pregunta en la voluntad de conocer qué saber y qué poder, pero también qué muerte y qué vida, atraviesan las migraciones humanas.

En sus doce capítulos, *Líneas de Fuga* se adentra en el estudio de la migración como una serie de procesos en transformación interconectados. En este sentido, el análisis de la migración implica preguntarse por la producción de subjetividad, los modos de recrear comunidades, la proliferación de fronteras, la representación de los sujetos en movilidad, los límites del Estado y la ciudadanía, los afectos que van de la hospitalidad a la hostilidad, dentro de ensamblajes globales que se reconfiguran en términos geopolíticos, tecnológicos y territoriales. Sin agotar los detalles, considero que las ideas que se elaboran en el libro podrían anudarse en tres ejes centrales, indispensables para la discusión sobre el lugar y el futuro de las ciencias sociales y no únicamente sobre los estudios migratorios. Estos ejes son: 1) la reconfiguración de la subjetividad en el marco del proyecto migratorio, 2) el efecto cartográfico de las prácticas de movilidad, y 3) la pregunta ético-política por la comunidad.

El estudio de las migraciones, en términos de Moraña, requiere comprender las subjetividades como producciones de sentido no ancladas a una territorialidad específica o

delimitada, ni sometidas enteramente la autoridad de sistemas burocráticos. Esto implica que la experiencia migratoria genere un sujeto marcado o atravesado por la diferencia que resulta del desplazamiento entre territorios. Tal condición de desplazamiento está en la base de la formación de las sociedades, naciones y ciudades, pero siempre atada a la formación de estratificaciones, desposesiones y exclusiones. Así, la migración remite a la experiencia de movilidad no sólo de individuos, sino de la humanidad toda sobre un territorio que se impregna constantemente de símbolos e interpretaciones.

Los territorios pueden reconfigurarse como comunidades o necrozonas. Lo último aparece de distintas formas en *Líneas de Fuga*: en el borramiento de lo humano en los procesos de borderización del mundo, en la producción de la irregularidad del sujeto a nivel global, en la inferiorización de lo enmarcado como otredad étnica o racial. Indica Moraña que las formas de borramiento de lo humano pueden ser incorporadas por los migrantes, por ejemplo en aquellos que queman su documentos al cruzar el Mediterráneo para que el gobierno del país al que llegan no pueda devolverlos al país de origen. Se trata entonces de un acto de "des-identificación [en el que] el individuo rompe el lazo entre cuerpo y nombre" (p. 123). En otras palabras, si bien la migración produce subjetividades que cuyas prácticas desafían la autoridad de lo nacional, también se inscribe en la gestión biopolítica global que establece o refuerza el imaginario de la parcelación del mundo a dos niveles. Si el fortalecimiento de las fronteras nacionales es el nivel específico, el nivel general es la división entre migrantes deseables e indeseables. Pero la frontera o construcción entre los deseables y los indeseables no es la misma en cada lugar, sino que varía de acuerdo a estructuras económicas y políticas de derecho a la vida o de abandono.

El segundo eje remite al efecto cartográfico de las prácticas reales de movilidad humana. Los relatos sobre la globalización tienen un correlato cartográfico establecido, pero los migrantes construyen, paso a paso, otros mapas. Individuos, familias, caravanas de distintas generaciones y diversas en su composición etno-racial dibujan caminos. Estos caminos se producen en tensión entre dos formas de saber. Por un lado, el saber de los agentes de seguridad, de las tecnologías de la vigilancia, del complejo militar, y por otro, los saberes sostenidos en la voluntad de sobrevivir y

en el peso de la palabra comunicada uno a uno que sostiene redes migratorias. La ruta migratoria es un compartir de localizaciones, imágenes, memorias que pueden adquirir forma de solidaridad espontánea o compasión a la vez que reescriben los mapas. A la vez, es un lugar donde biopolítica y tanatopolítica se manifiestan conjuntamente. Considero que esta conjunción se basa en que ni el saber militar de los agentes de seguridad, ni el mapa trazado por los migrantes consigue imponerse unilateralmente, manteniendo una tensión que vuelve a ambos saberes cada vez más sofisticados.

Moraña discute filosóficamente la intangibilidad de la frontera (lo que implica posicionarse ante Smichtt, Abamben, Foucault y otros). Que la frontera sea intangible no implica que deje de marcar profundamente la historia de todos quienes las experimentan como angustia, con impotencia, o como un monstruo de muchas caras imposible de descifrar. Cada vez que Moraña vuelve al tema de fronteras en varios capítulos, cuestiona las narrativas celebratorias y de corte ideológico de la globalización. Así, la autora problematiza las estrategias de disuasión o desvío geográfico que operan los gobiernos cuando se enfrenta a los migrantes.

La política de disuasión de la migración no es sólo una de las dimensiones de la frontera, sino un dispositivo de producción de una siempre-exterioridad o de una subalternación que fortalece el racismo, la xenofobia, la violencia de género. Si para García Canclini la ciudad fronteriza de Tijuana, México, era un laberinto de la posmodernidad, para Moraña es un paradigma de fronterización (p. 496). Sobre el dispositivo del muro, dice la autora, hay que considerar, al menos, dos aspectos: “[p]rimero, su ya mencionada vulnerabilidad. Segundo, la amplia parafernalia tecnológica en la que se apoya su creación, y a la cual el muro también sustenta y aloja, convirtiéndose en un dispositivo híbrido, al mismo tiempo primitivo y postmoderno, burdo y sofisticado” (p. 531). En un sentido más cercano al trabajo de Achille Mbembe, Nicolás de Génova o de Jason de León, para Moraña la voluntad de disuasión ha llevado a la generación de tumbas colectivas.

Líneas de fuga son también las líneas de agua. El espacio oceánico carga en su historia el haber sido campo de guerra que acompaña la ciudad amurallada, conjunto de vías para el colonialismo y el tráfico de esclavos, destino de los anteriormente llamados ‘locos’, y un lugar castigado dentro del ecocidio en desarrollo. Además de estas condiciones, para

la autora, desde comienzos del nuevo siglo el océano es un espacio tanático o de exposición deshumanizante que no siempre se supera en las ciudades costeras europeas en las que migrantes son imposibilitados de alcanzar un estatus legal. La muerte de inmigrantes en el mar se inscribe, dice Moraña, en un régimen de invisibilidad selectiva desde el cual gobiernos y autoridades migratorias deciden no reaccionar a tiempo. Pero el mar -por ejemplo, el Caribe- también es escenario donde se forman identidades políticas a partir de una poética de naciones y culturas que se cruzan, de un desplazamiento que produce reterritorialización. Y aún así, la migración de caribeños hacia el norte es también una reactivación de redes coloniales e imperiales, de una colonialidad de las diásporas. Moraña ahonda su análisis del colonialismo en el apartado sobre migraciones indígenas y vuelve al carácter del estado sujeto a fuerzas económicas globales cuando analiza los argumentos sobre el desplazamiento interno en Colombia (pp. 351-380).

Entender la migración implica lidiar con un léxico en crecimiento. Refugiados, desplazados, exiliados, asilados, extranjeros, deportados, son términos cada uno con sentido específico, y también parte de una experiencia común. Pero esta experiencia de la humanidad puede ser leída en claves ético-políticas diferentes. Por ejemplo, Moraña critica planteamientos como el de Žižek (en *La nueva lucha de clases*), para quien los refugiados desafían el verticalismo del análisis de la clase social en tanto representan una perturbación que hiere la sensibilidad europea. Para la autora, Žižek resulta insuficiente, no sólo por su lectura homogeneizadora de los refugiados que les atribuye una identidad inasimilable, sino porque se aleja del análisis de la diferencia conectado al análisis de la desigualdad. Los análisis de la desigualdad y la diferencia se entrelazan en la pregunta ética sobre qué se puede hallar en una modernidad en crisis para procesar lo que eufemísticamente se consideran efectos colaterales, sin condescendencia y sin naturalizaciones.

El tercer eje se refiere a la pregunta por la comunidad, no sólo como horizonte sino como expresión contraria a la voluntad de privatizar el mundo. En sus disputas territoriales y simbólicas, la comunidad puede generar o debe acompañarse de procesos que pongan en práctica otro tipo de poder. No sólo en lo referente a las migraciones, sino en la construcción de la comunidad humana, es necesario pensar más allá de la

tolerancia. De acuerdo con Wendy Brown y, esta vez, con algunos argumentos de Žižek, Moraña señala que la tolerancia no es manera de procesar el conflicto, pues realmente “el principio de lo político no es la negación del antagonismo ni su reconversión en una diferencia sino el reconocimiento y la elaboración del conflicto, proceso que implica, la identificación del problema [...] incluyendo la asimetría de fuerzas” (p. 665). Así, en línea con Enrique Dussel, sostiene que la tolerancia constituye un momento previo al consenso en tanto la voluntad de consensuar constituye el fundamento de la solidaridad y la capacidad del encuentro con el otro. Desde aquí se debe cuestionar la ‘otrización’, no sólo como crítica en el plano cultural, sino ético-político.

El planteamiento ético conlleva asumir con responsabilidad la ineludible materialidad de la humanidad y la posibilidad de un nuevo pacto social en el cual todos los sujetos en el intermedio, los ubicados en una condición entre el ciudadano y el apátrida, no vean recaer sobre ellos una hostilidad dirigida a sus cuerpos individuales, pero también a la idea de su pertenencia al conjunto humano.

Puede uno problematizar así espacios como los campos de refugiados o las caravanas de migrantes. Los campos, plantea Moraña, engloban prácticas de aparcamiento y guetización que marcan el tránsito de los sujetos de una condición de vulnerabilidad (dentro del campo de refugiados) a una condición de sujeto no-deseado. En línea con Moraña, entiendo que los campos de refugiados son una presencia que el poder pretende falsear, tratando a los sujetos como si no estuvieran dentro de ningún territorio nacional. Pero la migración también dice de “un recorrido en el cual, a través y a pesar de impensables obstáculos, el sujeto colectivo persigue un horizonte de sentido, y desarrolla múltiples estrategias para alcanzarlo, redefinirlo, habitarlo y compartir” (p. 732). La autora lee las caravanas de migrantes, como aquella de 2018 que reunió aproximadamente mil quinientos migrantes en recorrido desde Tapachula hacia Tijuana durante más de un mes, o las acontecidas en regiones cercanas al Mediterráneo con migrantes provenientes de Asia o del norte de África, como un recurso de autodefensa, de desobediencia civil y forma subalterna de movilización insurreccional.

Tanto investigadores como estudiantes encontrarán en *Líneas de Fuga* discusiones teóricas y referencias empíricas que no siempre aparecen conectadas en la literatura sobre

migraciones. En este sentido, Moraña abre la posibilidad de hacer nuevos puentes ante debates emergentes, preguntándonos por el lugar de la frontera dentro de la construcción de lo común, la cuestión de la soberanía ante el desplazamiento humano, el racismo que estructura el rediseño de espacios urbanos, la producción de la subjetividad ante proyectos necropolíticos. Esta obra de Mabel Moraña, constituye una herramienta crítica para analizar, no sólo las migraciones, sino las cuestiones fundamentales del nuevo siglo. La migración es, a nivel teórico, un paradigma para la interpretación del mundo.